

## El Teatro de Sagunto visto por escritores extranjeros de los siglos XV y XVI.



Nuestra península puede permitirse el orgullo de ofrecer al viajero uno de los caminos más auténticamente romanos cuyo itinerario, bien sea por carretera, bien por ferrocarril, sigue las huellas de la antigua vía imperial que conducía desde los llamados Trofeos de Pompeyo en el Pirineo hasta más allá de Saétabis, para adentrarse hacia la divisoria de aguas y bajar luego al cabo Espartario y Carthago Nova.

En esta excepcional vía se levantan aún hoy insignes monumentos, erigidos por el genio de la Roma clásica. Ya Estrabón decía que este camino en unos puntos corre cercano al mar, en otro se aleja de la costa y se interna en los mas accidentales, viniendo desde Italia a la Hispania Citerior y desde ésta dirigiéndose también por el Saltus Castulonense hasta la Bética.

Grandes monumentos romanos, necrópolis, lápidas, restos diversos de las diferentes épocas, jalonan la famosa vía y hoy el viajero, el llamado «turista», puede gozar del magnífico espectáculo de un camino romano poblado de auténticos vestigios de aquella cultura.

Murallas y necrópolis de la antigua Barcino, arco de Bará, monumento llamado «de los Escipiones», cantera del Médol, anfiteatro de Tarragona, van apareciendo a los ojos del espectador, a la derecha del camino según avanza en dirección Sur y, ya en la antigua Colonia

Urbs Trimphalis Tarraconensis, el gran conjunto de los restos de sus monumentos ciudadados, foro, circo, templos de Augusto y de Jupiter Amón, pretorio, necrópolis y tantos y tantos más y, en las afueras, el acueducto, el llamado Pont del Diable, émulo de los de Nimes y Segovia, maravilla de la arquitectura romana.

Señalaba Estrabón que aquella vía iba desde Tarragona a pasar el Ebro por la ciudad de Tortosa -cuya romanidad henchida de iberismo, pregonan sus famosas monedas- y de aquí se dirigía a Sagunto y a Saétabis, desde donde se internaba hacia Carthago Nova y la Bética.

Otros lugares próximos a la vía nos recuerda el geógrafo, pues nos dice que cerca de Sagunto están las ciudades de Cherronesos, Oleastrum y Arctalias, señalando que en el mismo punto por donde se pasa el Ebro está Dertosa.

No nos proponemos tratar de las localidades de aquellos tiempos ni de su identificación o situación, sino recordar la riqueza de valores históricos y arqueológicos de este camino, fácil de hacer hoy por cualquier medio de locomoción y de su espectáculo tan interesante, pudiéndose añadir a los puntos indicados muchísimos más, como el arco de Cabanes y las numerosas estaciones romanas junto a la vía imperial cuyos restos arqueológicos, superpuestos a

precedentes ibéricos, son bien conocidos.

La vigencia de esta antigua vía en todos los tiempos abrió la entrada en Sagunto al viajero y pocos fueron los que caminando desde Tarragona a Valencia no se detuvieron ante los venerables restos de la vieja ciudad iberorromana para admirar especialmente su famoso teatro.

Lo conoció el viajero alemán Jerónimo Münzer, quien realizó el tan divulgado viaje por España en 1.494 y 1.495, señalando «el generoso vino de Murviedro, población que antiguamente se llamó Sagunto, muy próspera en tiempo de los romanos, cuyo caserío llegaba casi hasta el mar, pero que hoy, cual ha sucedido con otras ciudades, es mucho más pequeña de lo que fué».

Más explícito en sus descripciones fue Juan de Vandesse, interventor del César Carlos cuyos viajes rebató en los diarios de sus desplazamientos. En 28 de noviembre de 1.541 Don Carlos pernoctó en Tortosa de donde pasó a Uldecona y San Mateo. El viernes primer día de diciembre fue a «Cabanes, en el reino de Valencia, donde al camino le vino a encontrar bien acompañado, el duque don Fernando, virrey por su dicha majestad en el dicho reino de Valencia».

El día 2 se hallaba en Villarreal y el 3 en Murviedro que es una ciudad muy antigua- escribía Vandesse- donde hay un teatro y la efigie de Escipión el Africano y varias antigüedades y se llama en latín la dicha ciudad Sagunthus, a cuya ciudad vino a recibir a su majestad el duque de Segorbe y dos de los regidores de Valencia».

No dice más el cronista respecto del

teatro romano saguntino, pero es indudable que lo admiró el Emperador, tan amante de la antigüedad clásica, como pregonaba toda su obra artística y cultural en suma.

La fama de los viejos monumentos saguntinos llegó a los viajeros por España de todos los siglos. Otro escritor extranjero - aquí nos vemos precisados a prescindir de los españoles - Gaspar Barreiros, fallecido en 1574, en su corografía de algunos lugares recordaba que «Sagunto como consta de la lección de los geógrafos y de Tito Livio estaba a una milla del mar, donde ahora llaman Murviedro (nombre corrompido de muri veteres, porque éste quedó después de destruidas sus minas) a cuatro leguas de Valencia».

Si Carlos V conoció los restos entonces visibles del teatro saguntino no hizo menos su hijo y sucesor Felipe II, quien el día 15 de enero de 1586, después de haber estado también en Cabanes cuyo arco romano fué testigo del viaje real, como antes del imperial, llegó a Sagunto cuya historia conoció muy bien el arquero de la Guardia del Cuerpo Real y Notario Apostólico Enrique Cock.

Este dedicó varias páginas de su famoso viaje a los monumentos de la Morvedre de su tiempo. Se llegó a esta desde de Almenara el día 2 de enero a las tres horas, después de comer, «con deseo- decía él - de ver las antigüedades de esa nobilísima colonia de los romanos de las cuales diremos más abajo».

De allí pasó a Valencia a preparar la llegada del monarca y el día 12 volvió a Murviedro para ver «ocularmente sus muchas antigüedades».

Detúvose Cock en el Puig cuyo

Monasterio elogió y tras visitar Puzol pasó a Sagunto a esperar al rey y allí permaneció hasta el día 15.

Tiempo tuvo, pues, de estudiar sus monumentos in situ; recorrió sus vestigios arqueológicos: conoció su historia a través de Beuter y recordó los clásicos, especialmente a Livio. Dijo Cock de Sagunto haber sido el «mayor y más lindo pueblo de los pueblos edetanos». Entre las más particulares antigüedades de la villa -escribía- es el medio teatro que el vulgo llama Los Antigons, en otros tiempos hechos por los romanos; solían en ellos representar sus comedias y espectáculos públicos y correr animales bravos. Está esta obra como media luna a la falta de la sierra entre los castillos y la villa. Hay asimismo un lugar donde corrían los caballos y los enseñaban».

No podemos seguir reproduciendo cuanto Cock escribió de Sagunto. Señalemos que, como él decía, en el siglo XVI el pueblo llamaba a los restos del teatro els antigons, esto es, antigor, curioso dato que prueba cómo se tenía conciencia entonces de la antigüedad del monumento.

Visitolo el rey don Felipe el citado día 15 de enero de 1.586, miércoles; el día 16 él fué a visitar también a Nuestra Señora del Puig y luego San Miguel de los Reyes; el domingo entró en Valencia.

Ambiente de historia clásica se le preparó en la capital del Reino recordando los nombres de Tubal y de Amilcar, de Roma y de Publio Escipión, a quien se le hacía decir en inscripciones de un arco triunfal levantado en la puerta de Serranos: «Destruída por Anibal Sagunto -doliéndose Roma de su estrago- por su respeto, calidad y punto- y por ser enemiga de Cartago- renové la ciudad que estaba junto- al sacro Turia en recompensa y pago- llamándola por su valor Valencia- que llega a lo que puede en tu presencia».

No es difícil, pues, como se ve, comprobar la presencia también de Sagunto y de su teatro en los viajeros por España, extranjeros, de los siglos XV y XVI. Otro tanto podría decirse de los del XVII y mucho espacio requeriría la reproducción de lo que escribieron los autores del XVIII y XIX, pero bastan estas líneas como prueba de buena voluntad y de homenaje a la labor que lleva a cabo el Centro Arqueológico Saguntino cuyo emblema ha sabido reunir estos tres símbolos que son la escultura ibérica, el teatro romano, famoso en el orbe y el rat penat que recuerda cómo todos los tiempos del antiguo Reino Valenciano se admiraron las clásicas ruinas, objeto de la visita de monarcas y hombres de estudio, de escritores y artistas, de cuantos vieron en la vieja Sagunto un faro permanente de la romanidad prendida en las tierras ibéricas.

*Felipe Mateu y Llopis*

